



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 22.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Los dos caminos, por Mme. Bourdon.—Una herencia de llanto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Hernan Perez del Pulgar, romance por D. Francisco Jimenez Campaña.—Solo un Dios y solo un culto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

LOS DOS CAMINOS.

II.

La muerte de la condesa produjo un cambio profundo en la vida de Ana. Su desconsolado padre no pudo ocuparse de ella, y pasados los primeros dias de duelo la confió á una institutriz elegante y muy literata, que excitó las brillantes dotes de la jóven, y la elevó hasta un grado eminente de ciencia y cultura intelectual. Pero esta institutriz, aceptada por el padre, no lo hubiese sido por la solicitud de una madre, cuyo cariño vé desde luego todo con claridad; y Ana perdió muy pronto en esta continua comunicacion, si no la fé, á lo menos el fervor y el candor de sus creencias. Ya no hacia sus oraciones, y las prácticas religiosas solo fueron para ella una fórmula que muchas veces no cumplia, porque el

trato con Dios es menos molesto que el trato social, y poco á poco algunos malos libros completaron la ruina de su pobre alma. La institutriz no la consintió tener libros que alarmasen su modestia ó atacasen directamente la religion; pero no la faltaron algunos que con sus errores sobre la historia y el carácter de la Iglesia, consiguieron casi destruir su tibia fé.

Por algun tiempo, el recuerdo de su difunta madre combatió estas perniciosas doctrinas; pero despues perdió su influencia, y la jóven, venerando siempre la memoria de su madre, se sonrió algunas veces de la sencillez de su piedad.

En medio de sus estudios, casi habia olvidado á Nancy.

Esta ya no asistia á las lecciones de Ana, pero conservaba en su corazon la memoria de lo que habian aprendido juntas, y sin ambicion literaria, se ocupaba de los quehaceres domésticos: hilaba, hacia media, batia la manteca, escardaba la huerta durante la semana, y los domingos iba á la iglesia para honrar á Dios con toda su alma. Toda su ciencia se reducía á amar á Dios y á su familia. Tambien amaba á Ana, pero la veia rara vez, y solo podia expresar su afecto rogando al Señor por ella.

Estas dos vidas, al principio tan unidas, se separaron mas y mas. Nancy á los 19 años, se casó con permiso de sus padres con un honrado joven llamado Gaspar, mayoral en una fuerte casa de labor de Vonvray. Quince dias despues, casóse Ana, prévia la venia paternal, con un joven del gran mundo, llamado Fabian de Eronard, con el que debia de vivir alternativamente en Paris, y en una posesion del Franco Condado.

Ana, amante de su marido y ávida de conocer otro género de vida, dejó casi sin pena la mansion en que pasaron tranquilamente los primeros años de su vida; derramó algunas lágrimas al acordarse de su madre, besó á Nancy, se despidió de su padre, y se marchó sola con Fabian para engolfarse en ese egoismo de dos personas, en ese aislamiento en medio del mundo, que convierten en oasis los corazones amantes.

¡Extraño caso! sus esperanzas no fueron defraudadas. Halló en su enlace la felicidad íntima que produce la simpatía absoluta de dos almas sin deseos ni penas. Un hijo llamado Fabian, como su padre, vino á dilatar las perspectivas de la felicidad de Ana, y su alma ardiente, nada veía mas allá del tiempo presente, ni de aquellos felices dias que creía durarian siempre. Entre estos sentimientos personales y terrestres, extinguióse su vacilante fé: Ana, por otra parte, estaba bajo la influencia de su esposo, que ligero y escéptico, pronto la convirtió en burlona é indiferente. Algunos libros malos, el trato con gente incrédula y el mal ejemplo de mujeres sin fé, consumaron la ruina de su alma, y Ana vivia tanto mas tranquila en su olvido de Dios, en cuanto eran puros y léitos los sentimientos de su corazon, sin pesares ni remordimientos. Ignoraba que Dios, quiere las primicias de nuestros mas santos afectos, y exige de nuestra vida el diezmo del pensamiento que le busca, de la voluntad que se adhiere á la suya, y del amor que corresponde á su amor. La Providencia la envió la felicidad para que su alma satisfecha se dirigiese al cielo, como oloroso incienso ó suave perfume, y fué sorda á este llamamiento de la divina bondad; ¿lo será tambien ante la prueba del infortunio?

Habian pasado muchos años en esta tranquilidad, sin otro suceso que la muerte del conde de Vanvres, cuando estallo el rayo en este sereno cielo.

El tífus, enfermedad fatal para los jóvenes, y que se ceba en los mas hermosos y robustos, acometió á Fabian de Eronard, y en pocos dias puso en peligro su vida. Ana vió irse extendiendo la palidez terrosa de la muerte cual velo siniestro, sobre el semblante querido de su esposo;

oyó salir de aquella boca, que tantas dulces palabras habia pronunciado, las divagaciones de la calentura; miróla Fabian y no la conoció. En los recargos violentos de la fiebre, recibió la Extrema-Uncion, y murió sin conocer á su mujer y á su Hijo. *El Hijo del Hombre vino en la hora en que no se le esperaba.*

Ana estaba sola con su niño, que no comprendia por qué lloraba su madre.

Undolor sombrío y lleno de desesperacion agobió su espíritu.... Para algunos, el dolor es yugo saludable que vuelve al cristiano extraviado á los brazos de su Dios, y que le hace exclamar con David: «Bueno es, Señor, que me hayais afligido....» para otros, la áspera desesperacion es un estímulo para la insubordinacion, una excitacion para la murmuracion.... Ana fué de estos; y en su feroz dolor se indignaba contra el Árbitro Supremo de la vida y de la muerte, que la habia arrebatado á su esposo querido; su rebelde corazon se desahogaba en amargas quejas, en recuerdos crueles, en atrevidas recriminaciones, y débil criatura, solo dejaba esta insensata lucha para caer en los abismos de la desesperacion. En sus lágrimas no habia dulzura, ni esperanzas en aquella noche profunda de su alma; ocupábase solo del pasado, de Fabian y de su amor, con una impaciente obstinacion que venia sin cesar á chocar con el obstáculo eterno de la muerte.

III.

El mundo escéptico que trataba Ana y que habia concedido breve duracion á su profundo pesar, se engañó, pues, despues de muchos años de viudez, quedó sepultado en su corazon y la preservó de nuevos afectos. Para llenar el horrible vacio de su alma, se dedicó al estudio á que siempre fué aficionada, y procuró apasionarse por los sistemas filosóficos, por las poéticas teorías y por las prescripciones regeneradoras y sociales que profesaban sus amigos.

Extravióse en las nebulosidades de la filosofía alemana; creyó descubrir con Fourier otros mundos; patrocinó los errores que el teatro y la novela ponen en circulacion ó á la moda; buscó en viajes lejanos nuevas emociones y frívolos entusiasmos; visitó á Atenas, y se conmovió ante el recuerdo de Pericles; vió el Foro, y pensó entusiasmada en Ciceron y en César; pero nada sintió cuando recorrió en Jerusalem el Getshemani y el Calvario; y pasados muchos años en el torbellino del mundo, en agitaciones literarias y en viajes remotos, llegó á la edad viril mas triste y desconsolada que en los dias de su mayor afliccion.

Quedaba su hijo. Lleno de gracia y de sensibilidad en la niñez, mucho bueno prometia su adolescencia; pero no bien tomó posesión de sus riquezas y libertad, sus pasiones sin freno dominaron en su alma.

Una educación sin Dios produjo sus naturales consecuencias.

Sobrecogióse de temor su madre ante los desórdenes en que, implacable consigo mismo, perdía juventud, salud y dinero; y aquellas amables sentencias que quizá ella misma había aprobado: «La juventud necesita divertirse y aprovechar su tiempo.... Coronémonos de rosas, gocemos....» estas máximas á la verdad le parecieron horribles, cuando vió que devoraban en su hijo lo mas hermoso de su juventud.

Y cuando le rogaba que se contuviese, que reflexionase y que no prodigase en vano el tesoro de sus afectos, la flor de su vida y la delicadeza de sus sentimientos, lo tomaba á broma, ó contestaba con buenas palabras, ó con algun chiste excéptico.

No ejercía influencia alguna sobre él, ni podía tenerla, porque solo Dios dá una santa autoridad á los padres sobre los hijos, y nunca Fabian oyó invocar á su madre, este santo nombre.

Las manos que no se juntan para orar, no pueden tener por mucho tiempo el cetro maternal.

Concluía una noche estrepitosa del carnaval de 1856. Ana, que había recibido algunos amigos, aun no se había acostado, y se entretenía sola leyendo un pesado libro, de moda en aquellos dias, de un escritor que se proponía destruir el cristianismo y negar hasta la existencia del Salvador de los hombres.

Inclinaba su cabeza fatigada sobre aquellas páginas, que serian funestas, á no ser fastidiosas para la mayor parte de los lectores; pero distraíaia muchas veces el recuerdo de su hijo. Fabian no había vuelto á su casa; y aunque esto ya era para él una costumbre, sin embargo, una secreta inquietud oprimía el corazón de su madre.

Los ruidos desordenados de la calle, los gritos salvajes, las risas extridentes de las máscaras, la lívida claridad del día, que hacia palidecer las bujías, el cansancio, el insomnio, la tristeza árida del libro, todo aumentaba su malestar.

Aproximóse á la ventana y levantó la cortina: la calle estaba cubierta de espeso lodo, en el cual se movían parejas que se retiraban tarde, polichinelas, árabes, caciques, pastores y pastoras, todos, asquerosos de palidez y desorden á la claridad del alba. Ana separó de ellos su vista con disgusto.

En aquel instante sonó una campana clara y vibrante: era el *Ángelus*.

—Miércoles de Ceniza, se dijo Ana; en otro tiempo íbamos mi madre y yo á tomarla al templo y á oír la sentencia que nos recuerda somos polvo.... ¡Pobre madre! creía despertarse después de la muerte.... ¡Error, dulce error.... ay de mí!

Y seguía en sus tristes reflexiones, cuando el rodar de un carruaje y el ruido de la puerta cochera que se cerraba, le recordaron su primera idea.

—Ya vuelve Fabian, ¡qué cansado estará! ¡Pobre hijo mío! esta vida de placeres me le mata....

Y pasó á un saloncito que daba sobre el patio, donde vió el carruaje de su hijo.

—Va á dormir, se dijo á sí misma; le veré después.... ¡Pobre joven tan amado y solicitado....

Un criado abrió la puerta y dijo:

—Un sacerdote desea hablar con V.

—¡Tan temprano! no importa.... vendrá á recoger alguna limosna.... Sí, sí, que pase.

Y se sentó junto á la chimenea, sin reparar en el criado y en su actitud de espanto; y buscó su bolsillo, porque Ana, de todas las tradiciones de su madre, había conservado la de la beneficencia. Abrióse la puerta segunda vez, y entró sin ser anunciado un anciano sacerdote.

—¿Viene V. por alguna limosna, señor cura? dijo la señora Eronard, deseando concluir pronto una visita tan matinal.

—No, señora, respondió el anciano; Dios recompense vuestra caridad. Soy mensajero de desgracia....

—¡Mi hijo! exclamó levantándose como empujada por invisible mano. ¡Fabian!

—Él me envía.

—¿Dónde está? ¿no acaba de entrar?

—Yo, señora, he venido en su coche.

—¿Dónde está? repitió con mortal angustia.

—Señora, resignese V. y ofrezca á Dios su pena.

Ana miróle con espanto porque todo lo había comprendido.

—¡Muerto! dijo, ¿cómo? ¿dónde? ¡hable V.!

—En desafío, esta mañana después de cenar... pasaba cerca, después de auxiliar á un moribundo, cuando oí gritos; ví á su hijo de V., pude asistirle, y espero que Dios le habrá recibido en su misericordia.

La pobre madre hizo señas de que se retirara, pero el sacerdote no se atrevió á complacerla: entró entonces en su habitación, y con la calma horrible que sigue algunas veces al primer dolor, se volvió á sentar y tomó el libro que había dejado. Eran las obras póstumas de Lamennais. Involuntariamente fijó su vista en las palabras siguientes:

«¿Quereis que os diga lo que es el mundo? Una sombra de lo que no existe, un sonido que no viene de parte alguna, una carcajada de Satanás en el vacío.»

Leyó maquinalmente estas palabras, y dijo en voz alta:

—Todo ha concluido.... nada despues de esta vida.... ¡ah! ¡esto es horrible!

Entraron las criadas llamadas por el sacerdote, y la encontraron sin conocimiento.

(Concluirá.)

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuación).

«Nadie, entre la animación y la alegría que reinaban doquiera, se cuidó de reunirse á él.

«Vino la noche; por distintos caminos llegaron nuestros convidados á la quinta: tu padre no se hallaba entre ellos.

«Esto me alarmó, y mandé á nuestros servidores á buscarle en todas direcciones.

«Nadie le encontraba, y las horas de la noche, como una procesion de enlutados fantasmas, pasaron unas en pos de otras: y mi afán crecía, y tu padre no llegaba.

«¡Ay de mí! en vano preguntaba á unos y á otros qué había sido de él: nadie, nadie lo sabía!

«El espanto y la incertidumbre se habían apoderado de mi corazón, y mis lágrimas y mis gemidos se perdían unidos á los rumores de los vientos.

«Amaneció en fin el nuevo día, y la luz del alba, pálida y triste, como el anuncio de una desgracia, vino á reflejar en los cristales de nuestras ventanas.

«¡Ay de mí! aquella blanca luz alumbró á lo lejos un espectáculo espantoso.

«Tu padre, mi esposo, mi único amor, mi sola felicidad en la tierra, venía, cadáver ya, en hombros de algunos criados, que le habían encontrado sin vida al pié de la Cruz del bosque, en el mismo sitio en que empezaba el lindero de aquella tristemente célebre heredad.

«¡Oh! hijo mío, hijo mío, ¡cómo te pintaré mi dolor, mi desesperación ante aquel cadáver amado! ¡cómo te diré la agonía de mi corazón, si la frase humana no tiene poder ni amargura bastante para expresarlo?

«¡Oh! yo perdí casi la razón: en mi extravío maldije á Avendaño y le acusé de aquel crimen, cuyo autor aun se ignoraba.

«Pero aun creció mi espanto, aun se aumentó mi terror, cuando al ir á abrazar por vez postrera á mi Arturo, cuando al ir á besar su mano por última vez, vi que aquella mano estaba mutilada! la faltaba un dedo, y en él la sortija de nuestros desposorios.

«La idea de Avendaño acudió á mi imaginación con mas insistencia entonces.

«No me había pedido él un anillo compañero de aquel? ¿no había jurado vengarse de mi negativa?

«¿Que duda ofrecía, pues, su culpa en aquel crimen?

«Una nueva circunstancia vino á dar mayor intensidad á mi pena.

«Mi hija, mi pequeña Arabela, había desaparecido de la quinta en aquella noche fatal.

«En vano se buscó por todas partes, en vano se preguntó en las casas de las cercanías: la niña no volvió á parecer, creyendo entonces que la había robado el mismo que había sido el asesino de su padre, y el cual no podía ser otro que D. Diego.

«¿Que duda ofrecía, pues, su culpa en aquel crimen?

«Sin embargo, la justicia, instigada por mis acusaciones, nada pudo averiguar.

«Avendaño justificó plenamente su inocencia.

«Probó que se hallaba ausente la noche en que se perpetró el delito; mil personas declararon en su favor, y juraron que le habían visto en la ciudad, no uno solo, sino cien testigos; todos cuantos fueron interrogados estuvieron conformes en ello.

«Ni una idea, ni una sospecha pudieron hallar en contra de él, porque ni un rastro siquiera había dejado el asesino.

«Ante la evidencia de las pruebas la justicia humana nada podía hacer.

«Por otra parte, aquel hombre gozaba en el país de una opinión de honradez y de rectitud tan probada, que los jueces se vieron precisados á declararle inculpable.

«Una ó dos veces intentó presentarse á mí, pero yo le rechacé indignada.

«Algunas personas enviadas por él trataron de convencerme de la rectitud de sus intenciones y de la verdad de su inocencia. Él, segun decía, quería que á toda costa se trocase en amistad el antiguo odio, al ver mi desgracia y al ver mi soledad.

«Aquella conducta tan noble en la apariencia los engañó á todos, pero no podía engañarme á mí.

«Por un exceso de temor, por una inconcebible idea de dignidad, yo no dije jamás la perse-

cucion de que habia sido objeto por parte de Avendaño. Aquella parte de la historia quedó velada para siempre entre las brumas de mi pensamiento.

»Pero ¡ay! aquel hombre fatal debia destruir cuanto aun me quedaba en la tierra: ¡mi honra! ¡mi buen nombre!

»Seguro sin duda con su impunidad, empezó como antes á aparecerse á mi vista, de noche perdido entre las sombras del bosque, de día á lo lejos, muy á lo lejos, donde solo yo, mas por instinto que por una causa visible, pudiera adivinar su presencia.

»Aquella figura siniestra, envuelta entre los pliegues de su capa me volvía loca, me desesperaba.

»Y sin embargo, la idea de que sin duda tenia en su poder á mi hija me hacía estremecer solo al distinguirla de lejos.

»¡Oh! en mi mente se forjaban los mas desca- bellados proyectos.

»Quería dar parte de nuevo á la justicia, que- ría pedirla que me amparase; pero ya una vez habian sido inútiles mis instancias y nadie que- ría oír mi voz.

»Al fin me decidí á jugar el todo por el todo: llamé á un magistrado, le revelé la pasión que Avendaño me habia mostrado, y le aseguré que día y noche vagaba de nuevo en torno de mi casa.

»Aquel hombre me miró con extrañeza; pare- ció dudar de mis palabras, y cuando yo le juré una y mil veces que encerraban una verdad,

—»Bien, me dijo, se le vigilará, se seguirán todos sus pasos, y si su conducta da motivo á la mas leve sospecha, se castigará su delito; pero si como antes fuese todo un error, D. Diego de Avendaño es un noble respetado en las cerca- nías, y....

»Yo no le dejé acabar.

»¡Oh! quizá se me iba á acusar de calumnia- dora!

»Mi orgullo se sublevó ante esta idea, y estu- ve á punto de insultar á aquel hombre en medio de mi desesperacion.

»Me contuve, sin embargo, y solo pude decir:

—»Yo ayudaré á la justicia en sus investiga- ciones.

—»Siendo así, me respondió, si la responsabi- lidad de todo esto es aceptada por V....

—»¡Oh! sí, sí, exclamé indignada; salid de aquí, pero estad prontos al primer aviso, que yo misma daré, cuando ese noble caballero, como vos decís, ronde mi morada como un salteador á las altas horas de la noche.

»El magistrado salió y yo quedé mas inquieta

que antes, porque iba á empezar otra vez una lucha, para la cual me sentía débil y sin fuerza.

»Todomí afán se redujo ya á vagar á Aven- daño frente á mis balcones, para hacer que le sorprendiesen allí, y le interrogasen sobre su conducta, dando de este modo un hilo para em- pezar á desenmarañar aquella horrible madeja.

»La ocasion no podía hacerse esperar puesto que la presencia de D. Diego era muy frecuente en aquellos sitios.

»Además, yo en mi afán de vengarme, conce- bí una idea infernal.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

ROMANCE.

—Hijo, calla y no me apenes
Con sollozos y lamentos,
Que hartó tiempo los mis ojos
No ven dias alhagüenos.

Ciñó padre la tizona,
Calose impaciente el yelmo,
Montó en su corcel mas vivo
Y alejose de estos reinos.

No llores, hijo del alma,
Que son tus lágrimas fuego,
Y las entrañas me queman
Y me consumen el pecho.

De esta guisa rica-hembra
Cristiana de noble aspecto,
Habla á niño mucho hermoso
Que medio lustro no ha hecho.

Y el niño no se contenta
Que sigue el llanto lo mesmo,
Y así la madre lo arrulla
Con romance de otros tiempos:

—Hay en Covadonga

Bravos caballeros,
Tienen rotas armas
Y el valor inhiesto,
Fijo de Favila
Alza al frente de ellos
Estandarte osado,
É la Cruz le ha puesto.
Con ronca algazara
En tropel inmenso,
Los feroces moros
Cargan con denuedo;
Pero Mari-Santa
Vela desde el cielo,
É como leones

Luchan los iberos;
 Quiebranse las rocas,
 Tórnanse los fierros,
 É por don Pelayo
 Queda el vencimiento.—

Así cantaba la fembra
 Él su hijo adormeciendo,
 Y el niño callar sabia
 Y no cuidaba del sueño.
 Huelgan sus ojos del canto
 Y brillan como luceros,
 Y cuando la madre acaba
 Torna á sollozar de nuevo.
 Y la dama, que lo adora,
 Le estampa en la boca un beso,
 Y canta por contentallo
 Otro romance del pueblo:

—Lucen en las Navas
 El su limpio acero,
 Fijos de Castilla,
 Fijos de otros reinos;
 É dé la morisma
 Falagan los vientos
 Blancos alquiceles,
 É gallos plumeros.
 Luchan los muslines
 Con gran ardimiento,
 Y en los sus bridones
 Fijos son de Eolo.
 Don Alvar tremola
 Estandarte negro,
 É la Virgen Santa
 Fija está en su lienzo.
 Venla los infieles
 É les pone miedo,
 É huyen cobardes
 Con afincamiento.
 Cierra en pos el moro
 Gritando, el ibero:
 ¡Viva Mari-Santa
 Que victoria ha fecho.—
 —¡Viva!! dijo balbuciente
 Ardiendo en gozo el pequeño,
 Y la madre lo acaricia
 Con dulce contentamiento.

Los años vuelan, y el niño
 Asaz garrido mancebo
 Calza la espuela de oro
 Y monta en bridon soberbio.
 Y en alta noche en Granada
 Éntrase á prenderla fuego,
 Y á rondas que le acometen
 Dispersa con tajos recios.
 Y la ciudad se despierta
 Y el rey se mesa el cabello,

Cuando en la Alhambra se escucha
 El peregrino suceso,
 Que en la mezquita mas santa
 El Ave-María ha puesto,
 Hernan Perez del Pulgar
 El de *fazañas* sin cuento.

Francisco Jimenez Campaña.

Granada y Octubre de 1876.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

»Daban las tres de la mañana, y el frio era intenso; nadie encontramos en el espacio que tuvimos que recorrer, y llegamos sin tropiezo á la orilla del mar y en un punto en que era mayor la profundidad.

»Allí nos detuvimos, y yo dejé en el suelo mi horrible fardo.

»Williams me pidió un pañuelo, que yo le entregué y que él se apresuró á llenar con algunas piedras que halló á la mano, atándolo en seguida á los piés del infeliz Julio.

»Despues.... ¡oh! no sé cómo explicar lo que allí pasó! no sé como levanté aquel cuerpo para arrojarlo al agua; no sé lo que sentí cuando oí el golpe que dió en las olas, que se abrieron para recibirle como en una inmensa tumba. ¡Ay! aquel golpe, aquel terrible ruido le escuchó aun doquiera, y aun me hace estremecer!

»Loco, trastornado, delirante, seguí á Williams, y volvimos de nuevo al teatro del crimen para borrar sus postreros rastros.

»¡Todo se hizo con perfeccion!

»Á la noche siguiente, cuando nuestros correligionarios volvieron á reunirse para leer su biblia, no podrian sospechar el horrible drama que allí habia tenido lugar.

—»Guarda esa cartera, me dijo Wamprey cuando ya íbamos á separarnos; guarda esa cartera y ponla en sitio seguro hasta que sepamos su contenido. Yo la he visto en manos de Julio, y quizá adivino lo que encierra; pero ahora no debemos pensar en eso: retírate á tu casa, yo iré mañana á buscarte, y saldremos juntos para no dar que sospechar.

»Obedecí de nuevo y me dirigí á mi morada.

»Mi pobre madre dormia tranquilamente, sin sospechar los espantosos tormentos que yo acababa de agotar.

»Penetré en mi cuarto sin querer turbar aquel sereno reposo, y me arrojé vestido en mi lecho.

«Ni un momento solo pude conciliar el sueño: es verdad que yo tenia miedo á dormir, porque estaba cierto de soñar con Julio.

«Y sin embargo, aun no podia darme cuenta de todos los hechos que habian pasado por mí.

«No podia explicarme cómo habia matado á aquel hombre; cómo mi puñal habia penetrado en su corazon sin ningun esfuerzo de mi parte.

«Perdido en estas ideas, pero fatigado y abatido de cuerpo y alma, permanecí algun tiempo hasta que la luz del alba vino á reflejar en los cristales de mi cuarto.

«Aquella claridad me llenó de angustia: ¡qué día tan siniestro, el primer día en que la luz del sol viene á iluminar la frente de un asesino!

«Aquella luz parecia que iba á mostrar á todos el fondo de mi alma: aquella luz me hizo tener vergüenza de mí.

«Resuelto á no dejarme ver de nadie, permanecí en mi lecho fingiendo que dormia, y así hubiera pasado mucho tiempo sino hubiesen venido á avisarme que Wilians estaba allí.

«Á este nombre hice un movimiento de terror, y oulté la cabeza entre las ropas de mi lecho.

«Despues conocí lo irreflexivo de mi accion y me sobrepuse, levantándome rápidamente.

«La fiebre me devoraba y apenas podia tenerme en pié; pero bajé á nuestro salon, y tuve valor de tender á Wilians mi mano.

«Tambien estreché la de mi madre, que se levantó, al verme, alarmada de mi aspecto.

—¿Qué tienes, hijo mio? me dijo con afán; ¿estás enfermo? ¿tienes calentura?

—No, no es nada; exclamé retirando mi mano de la suya.

—No, no es nada, repitió Wamprey; el aire de la mañana le hará bien: vamos, venia por tí para que me acompañes á dar un paseo, y veo que no podia llegar mas á tiempo.

«Mi madre no queria que saliera; mi aspecto empezaba á alarmarla.

«Por fin Wilians la convenció de que nada temia que temer, y ambos salimos de la casa.

—Es preciso que nos presentemos en público, y sobre todo, que procuremos evitar otro atropello como el de anoche.

—¿Y de qué modo? le pregunté.

—Quejándonos de ello, é invocando el derecho que la ley nos concede, para hacer pública manifestacion de nuestras doctrinas.

—¡Oh! yo seria de opinion de que suspendiéramos por algun tiempo nuestras reuniones; el pueblo está indignado contra nosotros y se provocará un nuevo conflicto, porque no hay odio mas profundo, aversion mas invencible, que la

que inspiran las diferencias de opiniones religiosas.

—¿Ya empiezas á acobardarte? ¿ya empiezas á ceder? ¿tienes miedo sin duda desde anoche?

—¡Oh!

—¿Miedo cuando es preciso mayor energía, mayor perseverancia!

«En aquel instante habíamos llegado al extremo de la calle, y llamó nuestra atencion un grupo de gente que corria con afán y se dirigia en tropel hácia el muelle.

—¿Qué es eso? pregunté á Wilians estremecido y azorado á mi pesar.

—No sé: veremos; sigue.

—Yo no, no puedo; tiemblo á mi pesar.

—Pero ¿por qué.

—Si fuese....

—¿Un hombre ahogado! ¡un hombre ahogado! gritaron algunas voces junto á nosotros.

«Mi primer impulso fué huir.

«Wamprey me dirigió una mirada terrible y murmuró á mi oido:

—¿Qué vas á hacer? te pierdes sin remedio.

—Es que....

—Quieto y adelante: es preciso, ven.

«Y sin esperar mi respuesta, me arrastró consigo hácia el sitio donde se dirigia toda la gente.

«Efectivamente, el cadáver de un hombre habia sido extraido del mar, y era conducido en una camilla entre un populacho que le seguia haciendo comentarios y repitiendo las mas absurdas suposiciones.

«Aquel infeliz era Julio, era el desgraciado á quien yo habia privado de la vida algunas horas antes.

«Al fijar mis ojos en el cadáver de Mortimer, perdí el sentido y caí al suelo sin pronunciar una palabra siquiera.

«No estaba habituado al crimen y aquel delito me espantaba.

«Cuando volví me hallé en mi lecho, al lado de mi madre, que me prodigaba los cuidados mas tiernos.

«Sin embargo, una enfermedad terrible me tuvo postrado por espacio de muchos dias en aquel lecho, en que luché entre la vida y la muerte, venciendo á esta por fin la naturaleza y la juventud.

«Desde aquella época mi carácter cambió por completo.

«El remordimiento que destrozaba mi pecho, me hizo sombrío, duro y uraño.

«Mi triste madre, que notó este cambio, tembló por mí, y aumentó los cuidados y la ternura de que me rodeaba.

»Yo huía de su presencia; parecíame que su dulce mirada, tan penetrante y tan serena, iba á leer en el fondo de mi corazón los recuerdos que le agitaban.

»Lancéme con mayor empeño en el torbellino de la vida, por aturdirme en el ruido del mundo y por olvidar aquel recuerdo.

»Mis noches se pasaron en continuas orgías, porque la oscuridad y el silencio me espantaban, haciéndome ver entre las sombras la imagen de Julio, pálida y ensangrentada, como le ví aquella noche fatal en que me transformé en asesino.

»Nunca, nunca quería hallarme un instante á solas conmigo mismo, porque tenía miedo á mi conciencia.

»Williams se aprovechó de estas horribles circunstancias para dominarme por completo.

»Yo era en sus manos un instrumento dócil y sumiso, que obedecía sin réplica su voluntad.

»No hubo exceso que no me hiciera cometer; no hubo hecho, por audaz que fuese, que no me obligara á ejecutar, siempre que á sus designios convenia.

»No se trataba ya solo de hacer esfuerzos inauditos y desesperados para extender el protestantismo, valiéndose de toda clase de medios, por reprobados que fuesen: se trataba también de explotar á los crédulos, y de enriquecerse por cualquier clase de camino.

»La cartera de Julio, que Wamprey conservaba en su poder, contenia los documentos necesarios para adquirir una fortuna, puesta en el Banco de Londres por el padre de aquel desgraciado algunos años antes, y que éste habia dejado allí, tomando solo sus productos, para tenerla en mayor seguridad.

»Alguna vez Williams me habia propuesto hacerse dueños de aquel caudal; pero yo siempre habia rechazado esta idea, por un resto de delicadeza y de honradez. Aquella fortuna era sagrada: estaba manchada de sangre, y me hubiera quemado las manos al tocarla.

»Rechacé siempre esta idea con indignacion.

»Y sin embargo, mis recursos iban escaseando, porque el exceso de mis gastos habia disgustado á nuestros jefes: y estos fijaron precio á las conquistas que hiciéramos y á los prosélitos que consiguiésemos presentarles.

»Por desgracia mia, estos eran pocos.

»Los católicos rara vez abjuran de sus creencias, y nuestro afán, en vez de entibiar, exaltaba el fervor de los crédulos papistas.

»El pueblo empezaba á desconfiar de nosotros, á rechazar nuestras proposiciones, y á no aceptar los libros que le ofrecíamos.

»Mas aun, empezó á insultarnos públicamente en calles y plazas, donde quiera que nos encontraba, pues ya Williams y yo éramos harto conocidos.

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIEDADES.

UN NIÑO CONSOLADO.

Cierto día lloraba un niño á la puerta del Quirinal, en el momento en que el Papa iba á subir á su carruaje. Los guardias, temiendo que los gritos iban á importunar á Pío IX, quisieron arrojar al niño. Pero el Santo Padre le hizo acercarse y le preguntó por la causa de sus lágrimas. Este le contestó entonces candorosamente que su padre habia sido preso por no tener doce escudos para pagar una deuda.

Pío IX se volvió á las personas que le acompañaban, y no habiendo ninguno que pudiera prestarle esa cantidad, subió á su habitacion por ella y se la entregó al niño, que la recibió con mucha alegría.

LA AMNISTÍA.

Después de su vuelta á Roma, Pío IX quiso dar una amnistía que fué discutida en una congregacion de cardenales. En ella esperaba calmar los terrores y triunfar de las prevenciones. Después de haber explicado largamente las ventajas de la amnistía, invitó á los cardenales á que expusieran su opinion. Todos parecia que estaban de acuerdo con el Papa; pero cuando llegó la hora de votar, se encontró con que la mayor parte de las bolas eran negras. Pío IX buscó el medio de salir de la dificultad; se quitó su bonete blanco, lo colocó encima de las bolas negras, y exclamó:

—Ahora todas son blancas.

EXPIA CONFUNDIDO.

Mientras el venerable Pontífice que debia ocupar la silla de San Pedro estaba en Spoleto de Obispo, un expia se le presentó diciendo que podia descubrir quienes eran y dónde estaban los principales autores de la rebellion que se acababa de promover en los Estados Pontificios, entregándole un papel en que estaban contenidas estas noticias. Mgr. Mastai leyó y relejó la lista, y mirando de improviso al expia, le respondió con dulzura y sonriendo:

—Pobre hijo mío, aun no comprendéis vuestra profesion ni la del lobo cuando quiere comerse las ovejas, que nunca previene al pastor del rebaño.

Y arrojó al fuego el papel del expia, que le contemplaba atónito.

Apenas salió éste, Mgr. se apresuró á citar á los proscriptos, cuyos nombres retenia. Todos escaparon, y muchos debieron al dinero del Obispo recursos para ganar la Toscana y embarcarse.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.